

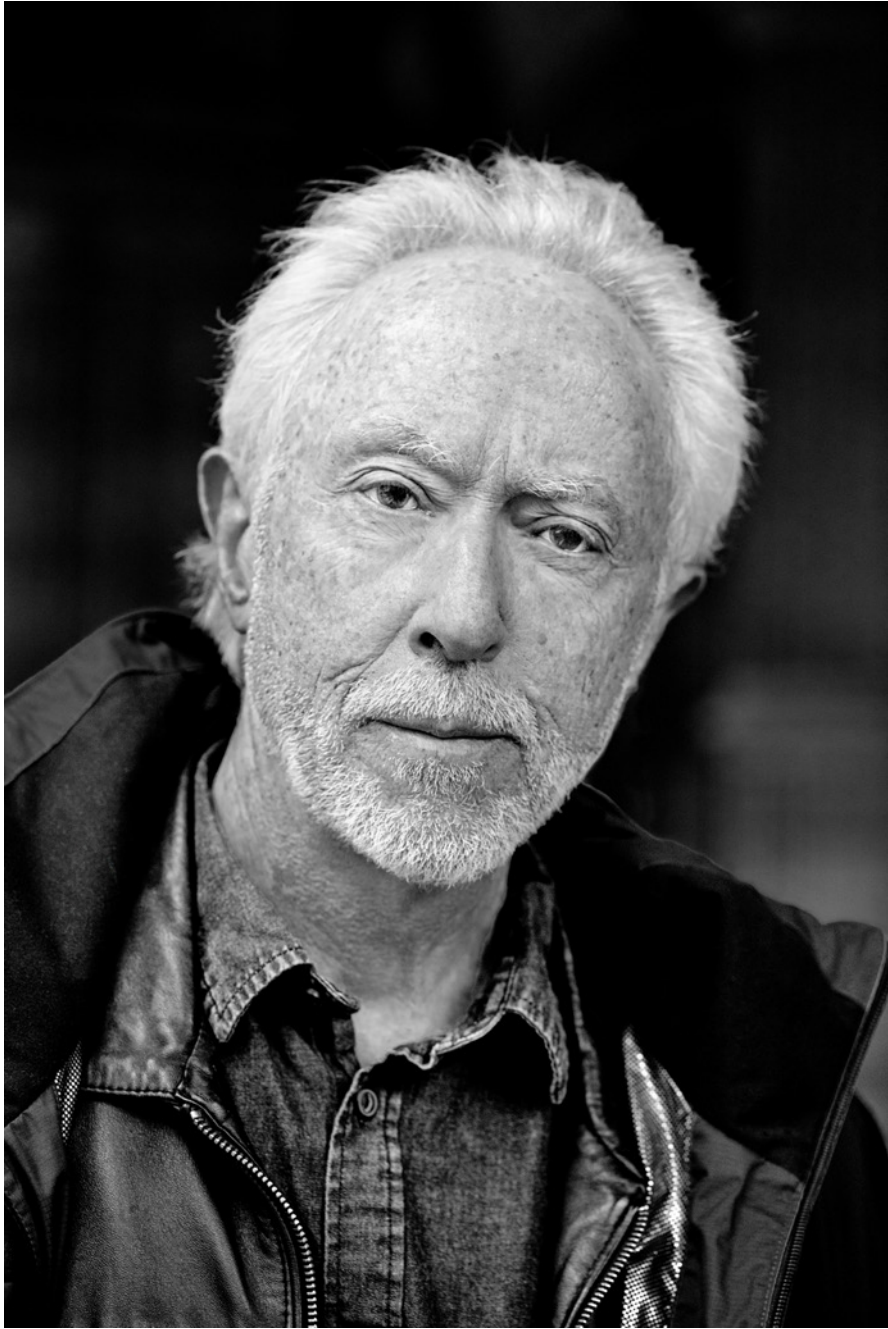
Discursos pronunciados en el Acto de Investidura  
del escritor  
**D. John Maxwell Coetzee**  
como  
doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Murcia

**Murcia**  
**17 de junio de 2024**

© Fotografía: Laura Wilson  
Universidad de Murcia  
Servicio de Publicaciones, 2024

Depósito Legal: MU 573 – 2024

Imprime: Imprenta de la Universidad de Murcia



© Laura Wilson



## ÍNDICE

José Carlos Miralles Maldonado, <i>Laudatio in honorem del doctor John Maxwell Coetzee</i> .....	9
John Maxwell Coetzee, <i>A Brief Story about Translation,</i> discurso de Investidura como Doctor <i>Honoris Causa</i> .....	17
<i>Breve Historia de la Traducción,</i> traducción al castellano del discurso de Investidura como Doctor <i>Honoris Causa</i> .....	23





**José Carlos Miralles Maldonado**

*Laudatio in Honorem del escritor*

*John Maxwell Coetzee*



*Sr. Rector de la Universidad de Murcia,*  
*Sr. Consejero de Medio Ambiente, Mar Menor, Universidades e Investigación de la*  
*Región de Murcia,*  
*Autoridades académicas,*  
*Compañeras y compañeros,*  
*Amigas y amigos,*  
*Querido y admirado John,*

La Universidad de Murcia se siente hoy muy feliz y muy honrada por acogerte entre el número de sus doctores *honoris causa*, distinción que te hace por tus méritos como escritor de una obra inmortal o, cuando menos, como diría Horacio, más duradera que el bronce (*aere perennius*), si no queremos ser tan optimistas. La escritura tiene ese poder mágico, el de transmitir la memoria, el recuerdo de esos seres, cuyas vidas, de otro modo, serían fácilmente olvidadas. Tu obra nos ha legado un magnífico monumento, un recuerdo vivo del mundo que habitamos y que sólo el arte, el tuyo en este caso, nos ayuda a contemplar en toda su espléndida y terrible realidad.

John Maxwell Coetzee ha trazado en los últimos cincuenta años, desde su primera novela, *Tierras de poniente (Dusklands)* (1974), hasta la última, *El Polaco* (2022), un atlas íntimo y preciso de la condición humana. Su obra en prosa, no demasiado extensa, se compone, entre otras, de unas dieciocho novelas (o ficciones autobiográficas), una decena de relatos breves o cuentos, algunas traducciones del neerlandés y el afrikáans al inglés, y un sólido conjunto de ensayos de crítica literaria. Poco a poco, palabra a palabra, desde su debut como





poeta en las revistas universitarias de su Ciudad del Cabo natal, ha ido construyendo un mundo particular de voces e ideas que hoy es una referencia insoslayable en el patrimonio cultural de la Humanidad. Así pues, glosar la figura de John Coetzee ante esta audiencia es, en gran medida, ocioso, puesto que todos conocen su relevancia como uno de los principales escritores y pensadores de nuestro tiempo.

Por lo que atañe a su producción literaria, una de sus principales aportaciones estriba en el hecho de que su obra trasciende los límites tradicionales de los géneros literarios. En concreto, las novelas de Coetzee han cambiado la forma y han ensanchado los horizontes de la novela como género. Bastaría recordar algunas de sus inclasificables creaciones como *Elizabeth Costello* (2003), *Diario de un mal año* (2007) o sus ficciones autobiográficas: *Infancia* (1997), *Juventud* (2002) y *Verano* (2009) (alter-biográficas, han sido llamadas por algunos críticos) con el subtítulo genérico de *Escenas de una vida de provincias*; sin olvidar novelas como *Esperando a los bárbaros* (1980) o la trilogía de novelas de Jesús (2013-2019), donde, en mi opinión, consigue eso tan difícil que es *encarnar* las ideas en cosas, convertir la filosofía en literatura. En fin, todas ellas nos hablan de la variedad y de la originalidad de la voz de nuestro autor, que ha abierto nuevos caminos para la expresión literaria.

El Sr. Coetzee ha creado una obra “clásica” en el sentido más estricto de la palabra; ha construido una obra eterna, ajena a las modas, con una mirada precisa, dura y a la vez compasiva sobre las grandezas y miserias del hombre. También se ha significado como un pensador crítico con un fuerte compromiso ético y moral. Su defensa de los animales, nuestros silenciosos vecinos, frente a la crueldad humana entronca directamente con sus principios morales, basados en un concepto ni excluyente ni colonialista ni paternalista de la *humanitas*. No se escatima en la obra de Coetzee la angustia, el dolor y el sufrimiento. Por eso, acercarse a su obra es una experiencia a veces dura pero siempre necesaria; es como asomarse a un abismo donde palabra a palabra, signo a signo, la vida insondable, enigmática sucede.

La crítica literaria contemporánea ha elevado muchas de sus obras a la categoría de “clásicos” de nuestro tiempo. En torno al análisis de su producción literaria florece una extensa y sugerente bibliografía. Bastaría con mencionar algunos de los numerosos ensayos, monografías o tesis doctorales que su estudio ha generado estos últimos años entre los académicos para darse cuenta de la dimensión universal de su figura. Creemos, sin embargo, que reseñar tan inmensa producción crítica sobrepasa los modestos objetivos de este breve

recorrido por su obra. Baste señalar, a modo de ilustración, que Coetzee es uno de los pocos escritores, antiguos o modernos, que pueden alardear de tener dos manuales (*Companions*, que es una palabra más del agrado del autor) en la prestigiosa Universidad de Cambridge: *The Cambridge Introduction to J.M. Coetzee* (2009) y *The Cambridge Companion to J.M. Coetzee* (2020).

También sería interminable y fuera de lugar hacer una relación exhaustiva de los premios literarios, así como de los reconocimientos y distinciones que ha recibido a lo largo de su dilatada carrera. Centrándonos en su obra de ficción, bastaría con recordar algunos de los premios más relevantes: el Premio Literario CNA (Central News Agency) de Sudáfrica en tres ocasiones: en 1977 (por *En medio de ninguna parte – In the heart of the country*), en 1980 (por *Esperando a los bárbaros*), y 1983 (por *Vida y época de Michael K.*); el Booker Prize, probablemente el galardón más prestigioso de la literatura contemporánea en lengua inglesa, en dos ocasiones: en 1983 por *Vida y época de Michael K* y en 1999 por su novela *Desgracia*; el Commonwealth Writer's Prize en dos ocasiones: en 1995 por su novela *El maestro de Petersburgo* y en 2000 por su novela *Desgracia*; y en 2003 el Premio Nobel de Literatura por el conjunto de su obra.

No menos importante que su labor como creador literario ha sido su trabajo como estudioso de la literatura en las universidades de Búfalo (EEUU), Ciudad del Cabo (Sudáfrica), Chicago (EEUU) y Adelaida (Australia), donde ha inspirado a miles de estudiantes y colegas con sus enseñanzas y sus lecturas públicas. Al calor de estas lecturas Coetzee ha compuesto un importante grupo de ensayos críticos sobre literatura contemporánea. De hecho, incluso si omitimos sus obras de ficción, sería merecedor de los más altos honores como crítico y como estudioso de la literatura. Si sus novelas se leen y se enseñan en las universidades, si se comentan y debaten en los clubes de lectura de todo el mundo, su producción crítica es también altamente apreciada entre los teóricos de la literatura, desde su estudio fundamental sobre la literatura colonial sudafricana (*White Writing: On the Culture of Letters in South Africa*), pasando por su ejemplar trabajo sobre la censura en la literatura (*Giving Offense: Essays on Censorship*) hasta llegar a sus agudos análisis de crítica literaria recogidos, entre otros, en sus libros de ensayos (*Doubling the Point: Essays and Interviews*; *Stranger Shores: Essays 1986-1999*; *Inner Workings: Essays 2000-2005*; y *Late Essays: 2006-2017*), en su correspondencia (*Aquí y ahora. Cartas 2008-2011*), y en sus entrevistas.





No quiero pasar sin detenerme brevemente a destacar el mencionado libro, el titulado *Aquí y ahora*, donde se recoge el intercambio epistolar que mantuvo entre 2008 y 2011 con su amigo Paul Auster, tristemente desaparecido hace apenas unas semanas. Estas cartas son un delicioso testimonio de amistad y de pasión compartida por la vida y por la literatura de dos de los más importantes creadores de nuestro tiempo.

Pero todas estas obras y muchas más sólo me fueron dadas a conocer con el pasar del tiempo. Mi primer contacto con la obra de Coetzee fue allá por 2004, cuando me animé a comprar una de las novelas, *Desgracia*, del autor, para mí por entonces desconocido, que pocos meses antes había sido galardonado con el premio Nobel de Literatura. Había adquirido una edición de bolsillo con la intención de entretener con su lectura mis horas de espera en el aeropuerto en un viaje de trabajo. *Ligera lectura*, pensé, iluso de mí, juzgándolo por su aspecto. La conmoción y el desasosiego que me causó su lectura fue tal que me empujó a hacer algo que jamás había hecho (y que nunca volví a hacer): sin la menor esperanza de recibir respuesta escribí una carta al autor para hacerle saber mi sobrecogimiento, como un acto de supremo desahogo. Por supuesto, no conté nada a mi familia ni a mis allegados, porque me sentía un poco avergonzado de la tontería que había hecho y ni siquiera sabía qué intención perseguía, si es que tenía alguna. Pocas semanas después recibí un email del Sr. Coetzee, a partir del cual entablamos una relación epistolar. A lo largo de nuestras conversaciones no tuve que insistirle mucho para que aceptara nuestra invitación y así en 2007 visitó por primera vez la Universidad de Murcia, donde leyó fragmentos de la obra que poco después publicaría, *Diario de un mal año*, y firmó ejemplares de sus obras a los lectores en una jornada que para muchos resultó inolvidable. Aquella visita tuvo un gran impacto y fue muy inspiradora para los estudiantes y para todos los escritores y artistas de la Región de Murcia que tuvieron la fortuna de asistir.

Desde entonces ha mantenido estrechos lazos con nuestra Universidad, llegando a publicar tiempo después en la ya desaparecida revista "Tonos digital" de nuestra Facultad de Letras uno de sus trabajos sobre crítica literaria, en concreto un emocionante ensayo sobre "Platero y yo" de Juan Ramón Jiménez. Aunque no ha podido visitarnos en los últimos años debido a su complicada agenda, ha continuado sus contactos con miembros de nuestra Universidad y hemos podido reunirnos con él en 2015, en Londres, con motivo

de la concesión del Doctorado Honorífico por la Escuela de Estudios Orientales y Africanos (SOAS) de la Universidad de Londres y en 2016, en Madrid, durante su participación en los actos de “Capital Animal” del Museo Reina Sofía. En los últimos años su amor por la cultura hispánica le ha traído repetidas veces a nuestro país: ha participado en el Festival Internacional de Poesía de Granada (2018), fue elegido como primer Becario del proyecto “Escribir el Prado” en el Museo del Prado (2023) o visitó el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (2023), entre otros. Su estrecha vinculación con la cultura hispánica nace de su declarada admiración hacia autores como Borges, García Márquez o di Benedetto, pero, sobre todo, de su veneración por Cervantes. Su pasión por la literatura en lengua española y por nuestra cultura le ha llevado incluso a defender el castellano frente a lo que él mismo ha calificado como la “tiránica hegemonía” del inglés. Ha luchado contra este colonialismo cultural, pero sin éxito, como el propio Coetzee reconoció. Con todo, ha dejado un valioso testimonio de su compromiso y de su lucha al publicar su última novela, *El polaco*, en traducción española un año antes que en su versión inglesa. Dentro de su amor por España, merecería un capítulo aparte el estudio de la presencia del paisaje español como marco de su ficción literaria. No es este el lugar para ello.

Me permitirán que no me demore tampoco en hablar sobre la presencia de los clásicos grecolatinos en los escritos de Coetzee y en el uso que de este legado hace para la construcción de sus relatos y la caracterización de sus personajes. Con todo, no me resisto a recordar al protagonista de *Desgracia*, David Lurie, citando en el arranque de la novela un pasaje del coro final del *Edipo Rey* de Sófocles (*No llames feliz a nadie antes de que llegue al término de su vida*) o la inspiración clásica que atraviesa su célebre novela *La Edad de Hierro* (título de evidentes resonancias clásicas), cuya protagonista, Elizabeth Curren, no por casualidad, es una profesora jubilada de lenguas clásicas.

Desde 1985, año en el que recibió su primer doctorado honorífico, ha sido distinguido con diversos doctorados ‘honoris causa’ en universidades de Reino Unido, Estados Unidos de América, Australia, Sudáfrica, Francia, Polonia, Colombia, México y Argentina. Hora es ya de que una universidad española, país y cultura con la que el Sr. Coetzee tiene tan estrechos vínculos intelectuales y afectivos, reconozca públicamente sus grandes logros en el ámbito de la Literatura. Estamos muy felices de que esa universidad sea la nuestra. Al haber aceptado integrarse en el conjunto de nuestros doctores, el Sr. Coetzee honra a la Universidad de Murcia tanto como es honrado por ella.





Quiero terminar agradeciendo el esfuerzo de todos para que este acto tenga al fin lugar: desde mi departamento, el de Filología Clásica, con nuestra directora a la cabeza, Alicia Morales, que apoyó con entusiasmo esta iniciativa, pasando por los distintos departamentos y por la Facultad de Letras y de Filosofía, que la acogieron como suya, hasta el Claustro de la Universidad de Murcia y el equipo rectoral, representado aquí por el Magnífico Rector y los vicerrectores, que la han hecho posible con su entrega y su generosidad. Y, sobre todo, quiero terminar agradeciendo al Sr. Coetzee, a John, su presencia que hoy aquí nos llena de una inmensa alegría y también, como su obra, de esperanza. De esperanza, sí; también de esperanza nos habla su obra.

Concluyo cediendo a John la palabra al leer, en su nombre, el final de uno de sus últimos relatos, el que lleva por título “Esperanza” (2019). En él nos cuenta que Elizabeth Costello, lo más parecido a un *alter-ego* del autor, diagnosticada de demencia temprana, hace venir a su hijo John desde Baltimore hasta el pueblo español de San Juan, donde vive, para que se encargue de los trámites necesarios (*do the business*, dice ella) antes de que la enfermedad la prive de todo juicio y voluntad. John, exasperado, una vez más, ante el dramatismo de su madre, le cuenta esta historia:

*‘Quiero contarte una historia, Madre, una historia sobre la esperanza. Teníamos una perra, una spaniel llamada Deméter. Nunca la llegaste a conocer, pero quizás los niños te hablaron de ella – la querían mucho. En los últimos años de su vida Deméter desarrolló un cáncer, un enorme tumor crecía en su médula espinal. Lo descubrimos demasiado tarde. Nada había que pudiéramos hacer excepto ayudarle con el dolor. Así que ella se tumbaba en su canasta en la cocina esperando que la muerte llegara. Pero ella no pensaba que su vida estaba acabando. Si ponías el oído junto a su garganta, podías oír un gruñido continuo y grave de resistencia, de rebeldía ante su destino. No tenía ningún concepto de la esperanza, aunque vivía en la esperanza. La esperanza se convirtió en el modo mismo de su ser, el esfuerzo de cada célula viva de su cuerpo por seguir viviendo. Ese es el final de la historia. Por supuesto la perra murió. Todos morimos. Pero quizás puedas sacar una lección de ella’.*

Gracias, John, por tus palabras y por las ideas y emociones que nos transmiten.



John Maxwell Coetzee

*A BRIEF STORY ABOUT TRANSLATION*

Palabras pronunciadas por el escritor  
D. John Maxwell Coetzee  
con motivo de su investidura como  
*Doctor Honoris Causa* por la  
Universidad de Murcia



*Venerabiles Professores Universitatis Murciae, vos saluto, et gratias ago pro magno honore quem mihi hodie dedistis.*

*Estimados profesores de la Universidad de Murcia, les saludo y les doy las gracias por el gran honor que hoy me están otorgando.*

*Esteemed professors of the University of Murcia, I greet you today and thank you for the great honour you are bestowing on me.*

The University of Murcia has an ancestry going back hundreds of years. Of particular relevance to me (for reasons I will explain in a moment) is the fact that Murcia was the seat of one of the *Studia Linguarum*, the institutes created by the Dominican Order for the study of, and translation from, foreign languages, in particular Arabic. This was at a time when scientific studies were more advanced in the Arabic world than in Christendom.

If today's ceremony had been held in the 13<sup>th</sup> century, I would have been required to address you in Latin. But the world has moved on. Latin has lost its old prestige. Just as Arabic is no longer the language of science and philosophy, so Latin is no longer the language of learning. Even in a highly formal occasion such as this, it has become acceptable to address an academic audience in the vernacular of the country. And if I were more competent in Spanish, that is indeed what I would do.

Instead you hear me speaking in English, which has become the *lingua franca* of learning across much of today's world. As I was writing my notes for this address, I reflected on the strange fact that on 17 June a learned *hispano-hablante* audience in the city of Murcia should have generously consented to being addressed in a foreign language, English, by an outsider from a far-off





land in the southern hemisphere, an outsider with not a drop of English blood in his veins, to whom English is an acquired language. An acquired language, but also a professional language, the language in which he operates in the literary marketplace.

I would like to use the present occasion to reflect on the strange phenomenon I have described, and to say a few words, necessarily brief and superficial, about native languages, acquired languages, and the question of translation between languages.

We assume that each child born into the world is also born into a language, what we call the child's mother tongue, and that that language will be the language in which for the rest of the child's life he or she will speak and think and dream.

To a large extent this is an accurate picture. Most people in the world conduct their lives in their mother tongue. But in surprisingly many cases the child, as he or she grows older, has to acquire a second, more dominant language, which will become the language of the child's education and, later on, the language in which he or she will conduct social relations.

This state of affairs holds true for Africa in particular, where the language of education and business and government is in general a language inherited from a former coloniser, English or French.

This is certainly true in my own case. I was born in South Africa, which was a colony of the Netherlands until the Napoleonic Wars, when it was taken over by the British. My ancestors on my father's side discovered that if they wished to flourish in this now British-ruled colony they would have to acquire English. On my mother's side, her grandparents emigrated from Germany to Africa and similarly had to acquire English. Thus one half of my ancestry spoke Dutch at home and English in the marketplace, while the other half spoke German at home and English in the marketplace. By the time I arrived in the world in the middle of the twentieth century, the pattern was well established: children spoke the vernacular at home but were sent to English-language schools to learn the master language of the times, English. I happened to have a talent for English. I mastered the language and went on to become a teacher of English, a professor.

The emotional relationship that a human being has with his first language, his mother tongue, is different from his relationship with the second language, the language of higher education and business and government. In the second language the feeling of intimacy, of being at home, is not present, no matter how competent the individual may be in that language.

All the fiction I have written has been in English, a language in which I regard myself as competent by most standards. Yet as I grow older I find myself growing more and more estranged from the English language and the culture it embodies. It seems to me – and here I come to the kernel of what I want to say today – that my books don't "belong" to or in the English language and its culture, just as, for example, the French translations of my books don't "belong" to or in the French language and culture.

The question is, where do these writings belong? Or is this a false question? Is it true that all writing has to belong somewhere?

With the last book I wrote, a short novel called "The Pole," I tried an experiment. I have a Spanish translator, an Argentinean named Mariana Dimópulos, with whom I have worked in the past and whose linguistic judgment I trust. I proposed to Mariana that after I had drafted the novel in English, and after she had drafted her translation into Spanish, she and I should work carefully through the two texts eliminating from both of them all traces of specifically "English" thought, so that in the end we would not be able to detect which was the original text and which the translation.

Having purified the text in this way, we would then publish the book in Spanish, not as a Spanish book – we would not try to hide its birth – but as a book that had no inherent original language.

To those among you who are professionally concerned with questions of translation it will be clear that Mariana and I were infringing one of the basic assumptions of modern text-production: namely that every text has a primary language, and every translation of that text must occupy a secondary position, since it will not have the authority of the so-called primary or original text.

What Mariana and I were doing was to put a book into the world which had no original, or which had an original only in an irrelevant, historical sense. The Spanish text would be as good as the English – in fact, because the Spanish had been reworked by the author under the guidance of an expert translator, and the English text subsequently revised or "corrected" to bring





it into accord with the Spanish, the Spanish text might even be argued to be the more reliable one, the text better qualified to be labelled primary.

I am not going to proceed at length with this story, whose beginning is more interesting than its ending. Briefly, Mariana and I came up against the realities of international publishing, which said that, since I was established in the public eye as an English-language writer, therefore, when it came to licensing translations, the English-language text would have to be treated as primary. Thus, when *The Pole* was translated into French or German or whatever other language, the basis for the translation would be the English text, not the Spanish.

In other words, our experiment failed. In the international market, *The Pole* was treated as if it were a book in English. The fact that the Spanish-language version had appeared a year earlier than the English version was remarked on as curious but irrelevant.

Thus, at a practical level, our experiment failed. We achieved nothing to change the *modus operandi* of the translation market. Nevertheless, at the level of the concept the experiment still strikes me as interesting. Might there not be such a thing as a book whose translation is better than the so-called original? Might there not exist books that have no original, that operate in many languages and have equal validity in all of them?

With that question hanging in the air, I come to the end of this address. Thank you for giving me your attention on this memorable occasion, when I join the ranks of the graduates of the University of Murcia and also, in a more ghostly way, the ranks of the scholars of the Dominican *Studia Linguarum*.

# *Discurso de Investidura como Doctor Honoris Causa*

**John Maxwell Coetzee**

## *Breve Historia de la Traducción*

Venerabiles Professores Universitatis Murciae, vos saluto, et gratias ago pro magno honore quem mihi hodie dedistis.

Estimados profesores y estimadas profesoras de la Universidad de Murcia, les saludo y les agradezco el honor que me brindan hoy.

La Universidad de Murcia goza de una antigüedad que se remonta a cientos de años atrás. De especial relevancia para mí, por razones que explicaré más tarde, es el hecho de que Murcia fuera sede de uno de los *Studia Linguarum*, aquellos lugares creados por la Orden de los Dominicos para el estudio y la traducción de idiomas extranjeros y en particular el árabe. Esto sucedió en una época en la que los estudios científicos estaban más avanzados en el mundo árabe que en la cristiandad.

Si la ceremonia de hoy se hubiera celebrado en el siglo XIII, me habrían pedido que me dirigiera a ustedes en latín. Pero el mundo ha cambiado. El latín ha perdido su antiguo prestigio. Al igual que ocurre con el árabe, que ya no es la lengua de la ciencia y la filosofía, el latín ya no es la lengua en la que se enseña. Incluso en una ocasión tan formal como esta se ha vuelto aceptable dirigirse a una audiencia académica en el idioma vernáculo del país. Y si tuviera más competencia en español, eso es precisamente lo que haría.





En su lugar, me escuchan hablando en inglés, un idioma que se ha convertido en la *lingua franca* del aprendizaje en gran parte del mundo actual. Mientras escribía las notas para este discurso, reflexionaba sobre el extraño hecho de que el 17 de junio una audiencia hispanohablante y erudita en la ciudad de Murcia hubiera aceptado generosamente escuchar un discurso en un idioma extranjero, el inglés, pronunciado por un forastero procedente de una tierra lejana del hemisferio sur. Un forastero sin una gota de sangre inglesa en sus venas y para quien el inglés es una lengua adquirida. Una lengua adquirida, pero también un idioma profesional, el idioma en el que se trabaja en la industria literaria.

Me gustaría aprovechar la presente ocasión para reflexionar sobre el extraño fenómeno que acabo de describir y decir algunas palabras, necesariamente breves y superficiales, sobre las lenguas maternas, las lenguas adquiridas y la cuestión de la traducción entre lenguas.

Partimos del supuesto de que cada niño o niña nacido o nacida en el mundo también nace en una lengua, lo que llamamos su lengua materna, y que esa lengua será en la que hablará, pensará y soñará el resto de su vida.

En gran medida, se trata de una descripción precisa. La mayoría de las personas en el mundo se manejan día a día en su lengua materna. Pero en muchos casos, el niño o la niña, a medida que crece, debe adquirir una segunda lengua dominante, que se convertirá en la lengua de su educación y, posteriormente, en la que llevará a cabo una serie de relaciones sociales.

Esta situación es una realidad innegable en África, donde la lengua de la educación, los negocios y el gobierno es, por lo general, un idioma heredado de un antiguo colonizador, normalmente el inglés o el francés.

En mi caso esto ha sido especialmente cierto. Nací en Sudáfrica, que fue una colonia neerlandesa hasta las guerras napoleónicas, cuando fue tomada por los británicos. Mis ancestros, por el lado de mi padre, descubrieron que, si querían prosperar en esta colonia, en aquel momento gobernada por los británicos, tenían que aprender inglés. Por otro lado, los abuelos de mi madre emigraron desde Alemania hasta África, y también tuvieron que aprender inglés. Así que la mitad de mis ancestros hablaba neerlandés en casa e inglés en el mercado, mientras que la otra mitad hablaba alemán en casa e inglés en el mercado. Para cuando llegué al mundo a mediados del siglo XX, el patrón estaba bien establecido: los niños hablaban el idioma vernáculo en casa, pero se les enviaba a escuelas en las que se estudiaba en inglés para aprender el



idioma dominante de la época, el inglés. Tuve talento para el inglés. Dominé la lengua y llegué a ser profesor de inglés.

La relación emocional que un ser humano tiene con su primera lengua, su lengua materna, es diferente a la relación con la segunda, la lengua de la educación superior, de los negocios y del gobierno. En la segunda lengua, el sentimiento de intimidad o de sentirse en casa no está presente, no importa cuán competente sea el individuo en ese idioma.

Toda la ficción que he escrito ha sido en inglés, una lengua en la que me considero competente según la mayoría de los estándares. Sin embargo, a medida que envejezco, me encuentro cada vez más distanciado del inglés y de la cultura que representa. Me parece —y aquí llego al punto crucial de mi intervención de hoy— que mis libros no "pertenecen" a la lengua inglesa ni a su cultura, al igual que, por ejemplo, las traducciones al francés de mis libros no "pertenecen" a la lengua ni a la cultura francesas.

La pregunta es, ¿a dónde pertenecen estos textos? ¿O es esta una pregunta falsa? ¿Es cierto que toda escritura tiene que pertenecer a algún lugar?

Con el último libro que escribí, una novela corta llamada *The Pole* llevé a cabo un experimento. Cuento con una traductora española, una argentina llamada Mariana Dimópulos, con la que he trabajado en el pasado y en cuyo juicio lingüístico confío plenamente. Propuse a Mariana que, después de que yo hubiera redactado la novela en inglés, y después de que ella hubiera elaborado su traducción al español, ella y yo revisaríamos cuidadosamente los dos textos y eliminaríamos de ambos todas las huellas de pensamiento específicamente "inglés", de modo que al final no pudiéramos detectar cuál era el texto original y cuál la traducción.

Tras haber depurado el texto de esta manera, publicaríamos el libro en español, no como un libro español —no trataríamos de ocultar su origen— sino como un libro que no tuviera una lengua original inherente.

Para aquellos de ustedes que se ocupan profesionalmente de cuestiones relacionadas con la traducción, les resultará muy evidente que Mariana y yo estábamos infringiendo uno de los supuestos básicos de la producción de textos en la época contemporánea: a saber, que cada texto tiene una lengua primaria y que cada traducción de ese texto debe ocupar una posición secundaria, ya que no tendrá la autoridad del que se considera texto primario u original.





Lo que Mariana y yo estábamos haciendo era traer al mundo un libro que no tenía un original, o que tenía un original solo en un sentido histórico irrelevante. El texto en español sería tan bueno como el inglés. De hecho, debido a que el español había sido reelaborado por el autor bajo la guía de una traductora experta, y el texto en inglés posteriormente revisado o "corregido" para que estuviera en consonancia con el español, se podría argumentar que el texto en español era el más fiable, el texto mejor posicionado para ser considerado primario.

No voy a extenderme en esta historia, cuyo comienzo es más interesante que su final. En resumen, Mariana y yo nos topamos con la realidad del sistema de publicación internacional, que indicaba que, dado que yo estaba considerado por el público como un escritor de lengua inglesa, cuando se trataba de conceder permisos para las traducciones, el texto en inglés tendría que ser tratado como primario. Por lo tanto, cuando *The Pole* se tradujera al francés, al alemán o a cualquier otro idioma, la referencia para la traducción sería el texto en inglés y no el español.

En otras palabras, nuestro experimento fracasó. En el mercado internacional, *The Pole* fue tratado como si fuera un libro escrito en inglés. Se comentó que la versión española había aparecido un año antes que la versión inglesa, lo que se consideró curioso pero irrelevante.

En resumen, nuestro experimento falló. No logramos cambiar el *modus operandi* del mercado de la traducción. Sin embargo, a nivel conceptual, el experimento todavía me parece interesante. ¿No podría existir un libro cuya traducción fuera mejor que el original? ¿No podrían existir libros que no tuvieran un original, que funcionaran en muchas lenguas y tuvieran la misma validez en todas ellas?

Con esa pregunta en el aire llego al final de mi intervención. Muchas gracias por su atención en esta memorable ocasión, cuando me uno a las filas de los doctores de la Universidad de Murcia y también, de una manera menos terrenal, a las filas de los eruditos dominicos de los *Studia Linguarum*.

